

ROGER  
SCRUTON  
EL ALMA  
DEL MUNDO

*pensamiento  
actual*

RIALP

ROGER SCRUTON

# EL ALMA DEL MUNDO

Traducción de Rafael Serrano

EDICIONES RIALP, S. A.  
MADRID

Título original: *The Soul of the World*.

© 2014 by ROGER SCRUTON. Publicada en acuerdo con International Editors Co. y Princeton University Press.

© 2016 de la versión española por RAFAEL SERRANO,  
by EDICIONES RIALP, S. A.,  
Colombia, 63, 8º A - 28016 Madrid  
([www.rialp.com](http://www.rialp.com))

Realización ePub: [produccioneditorial.com](http://produccioneditorial.com)

ISBN: 978-84-321-4647-3

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

PREFACIO

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

1. CREER EN DIOS

RELIGIÓN Y PSICOLOGÍA EVOLUTIVA  
PUNTOS DE VISTA INTERNOS Y EXTERNOS  
NATURALISMO  
LA PRESENCIA REAL  
RELIGIÓN Y MAGIA  
LA RELIGIÓN Y LO SAGRADO  
PENSAMIENTOS SOBRE GIRARD  
EPISTEMOLOGÍA DE LO SAGRADO  
CONFRONTACIÓN CON EL ESCÉPTICO

2. EN BUSCA DE PERSONAS

EL CONCEPTO DE PERSONA  
ENTENDER Y EXPLICAR  
DUALISMO COGNITIVO  
QUALIA  
INTENCIONALIDAD  
MÁS DUALISMO COGNITIVO

3. UNA MIRADA AL CEREBRO

SOBREDETERMINACIÓN  
LA IDEA DE INFORMACIÓN  
LA FALACIA MEREOLÓGICA  
EN PRIMERA PERSONA  
AÚN MÁS DUALISMO COGNITIVO  
SUJETO Y OBJETO  
INTENCIONALIDAD DESBORDANTE

4. LA PRIMERA PERSONA DEL PLURAL

EL ORDEN DE LA ALIANZA

EL CÁLCULO DE DERECHOS  
INFLACIÓN DE DERECHOS  
LA FUNDAMENTACIÓN DE LOS DERECHOS  
JUSTICIA Y LIBERTAD  
OBLIGACIONES NO CONTRACTUALES  
MÁS ALLÁ DE LA ALIANZA

## 5. DE CARA UNOS A OTROS

SONREÍR, MIRAR, BESAR, SONROJARSE  
ENMASCARAR EL YO  
DESEAR AL INDIVIDUO  
EL MITO DE LOS ORÍGENES  
HEGEL, LA DIALÉCTICA Y LA AUTOCONCIENCIA  
LIBERTAD

## 6. DE CARA A LA TIERRA

EL ASENTAMIENTO Y LA CIUDAD  
EL TEMPLO  
OTRO MITO DE LOS ORÍGENES  
COLOFÓN IMAGINADA  
LA CALLE Y EL LIBRO DE PATRONES  
EL MUNDO CAÍDO  
BELLEZA Y ASENTAMIENTO

## 7. EL ESPACIO SAGRADO DE LA MÚSICA

CIENTIFICISMO Y ENTENDIMIENTO HUMANO  
ENTENDER LA MÚSICA  
EL ESPACIO DE LA MÚSICA  
CULTURA MUSICAL  
CULTURA DE MASAS Y ADICCIÓN  
EL SENTIDO DEL SILENCIO  
EL SIGNIFICADO DE LA MÚSICA  
SIGNIFICADO Y METÁFORA  
SIGNIFICADO Y COMPRENSIÓN  
BAILAR CON LA MÚSICA  
SOBRE NADA  
MÚSICA Y MORAL

## 8. BUSCANDO A DIOS

EL ORDEN DE LA CREACIÓN  
MUERTE Y SACRIFICIO  
DAR Y PERDONAR  
DUALISMO COGNITIVO Y CREENCIA RELIGIOSA  
LA EXISTENCIA DE DIOS  
LA NATURALEZA DE LA RELIGIÓN  
MUERTE Y TRASCENDENCIA

ÍNDICE ANALÍTICO

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ROGER SCRUTON

## PREFACIO

Este libro está basado en las Conferencias Stanton, pronunciadas en el trimestre de san Miguel (otoño) de 2011, en la Facultad de Teología de la Universidad de Cambridge. Mi intención ha sido aprovechar argumentaciones filosóficas sobre la mente, el arte, la música, la política y el derecho, para determinar lo que está en juego en las actuales disputas sobre la naturaleza y el fundamento de la creencia religiosa. De esta forma, creo que hago un lugar, en cierta medida, a la cosmovisión religiosa, sin llegar ni mucho menos a defender la doctrina o la práctica de una fe particular. Aquí y allá doy referencias; pero predomina un tono informal, y las alusiones a otros autores son más coloquiales que académicas. Los capítulos 5 y 6 vuelven sobre temas de mis Conferencias Gifford, pronunciadas en 2010 en St. Andrews y publicadas en 2012 con el título *The Face of God*. Sin embargo, los presentan en otro contexto y arrojan sobre ellos una luz bastante distinta. En el capítulo 6 me baso en argumentos desarrollados con mayor amplitud en *The Aesthetics of Architecture* [1] (1979, reeditado en 2013) y en *The Classical Vernacular: Architectural Principles in an Age of Nihilism* (1994). En el capítulo 7 trato sobre asuntos que examiné más a fondo en *The Aesthetics of Music* (1997) y en *Understanding Music* (2009). Al mirar de nuevo esos cuatro libros desde la perspectiva que ofrecen las Conferencias Stanton, he podido ver con más claridad que las

posturas con las que espontáneamente sintonizo en estética también admiten un desarrollo teológico.

Estoy muy agradecido a la Facultad de Teología de Cambridge por invitarme a dar estas conferencias, y a los oyentes curiosos que acudieron semanalmente a alentarme. Estoy especialmente agradecido a Douglas Hedley por su apoyo y por hacerme repensar las cuestiones. Fiona Ellis, Robert Grant, Douglas Hedley, Anthony O’Hear y David Wiggins leyeron versiones previas de este libro, y les estoy muy agradecido por sus útiles observaciones. También estoy agradecido por los luminosos comentarios de los dos revisores anónimos consultados por Princeton University Press, así como a Ben Tate, de Princeton University Press, por su estímulo.

Scrutopia, mayo de 2013

[1] Versión española de Jesús FERNÁNDEZ ZULAICA: *La estética de la arquitectura*, Alianza, Madrid, 1985 (N. del T.).

## INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Como filósofo, Roger Scruton, nacido en 1944 en un pequeño pueblo de Inglaterra, es reconocido en especial por su contribución en el ámbito de la estética, a la que prestó atención ya desde su tesis doctoral, defendida en Cambridge, su *alma mater*. A esta disciplina dedicó luego algunas de sus obras principales: *The Aesthetics of Architecture* (1979) —traducida al español—, *The Aesthetic Understanding* (1983), *The Aesthetics of Music* (1997), *Beauty* (2010). Temas de estos libros afloran en otros suyos, como el presente. Al estudiar la belleza, Scruton no la ha tomado como el feudo de un especialista, y por eso ha encontrado conexiones con materias que están separadas de ella solo en la superficie. La percepción estética es una vía de acceso a lo específico del ser humano, al que no basta con tener las necesidades materiales satisfechas, y le resultan imprescindibles cosas que son biológicamente superfluas.

El interés por distintos territorios del pensamiento es característico de Scruton, que no ha seguido una carrera académica ordinaria. Aunque ha enseñado en universidades de Gran Bretaña y Estados Unidos, y aún hoy es profesor visitante en la de Oxford, desde los años ochenta trabaja por cuenta propia en la docencia, ciertamente, pero sobre todo como escritor y polemista, y también en diversas iniciativas para la promoción de la cultura. En el mundo anglosajón, quien no haya leído alguno de sus más de treinta libros,

puede sin embargo conocerlo por sus artículos, sus conferencias o su participación en debates, sus intervenciones en televisión u otros medios.

Scruton encaja en el perfil de lo que se suele entender como intelectual público, que aborda cuestiones de interés común y se dirige a los ciudadanos en general. Cuando trata asuntos de actualidad —éticos, políticos, sociales...—, Scruton aporta una perspectiva conservadora, lo que en él no equivale sin más a la postura de cualquier partido así llamado o descrito. Por ejemplo, él coincide poco con las tesis del thatcherismo. Su conservadurismo tiene raíces menos ideológicas que culturales e intelectuales. Ser conservador, según Scruton, no es simple apego a las tradiciones, a lo que ha superado la prueba de la duración. Ser conservador supone comprender que “es fácil destruir las cosas buenas, pero no es fácil crearlas”. No aparecen por ucuse: van creciendo a partir de lo heredado, en un proceso que es de todos sin que nadie en particular lo domine. El conservadurismo, entonces, pide atención y apertura al cambio, pues desarrollo y variación es ley inscrita en la naturaleza y en la sociedad: congelarlas es matarlas. Mas, por eso mismo, el conservador desconfía de las novedades impuestas en nombre de ideas abstractas: utopías, mesianismos, soluciones de laboratorio, transformaciones radicales. Un sobrio realismo exige respetar la finitud, como subraya Scruton en *Usos del pesimismo*<sup>[1]</sup>, donde examina la fe en el progreso característica de la modernidad.

Por esas razones, Scruton sostiene además que el ecologismo no es una causa propia de la izquierda o del progresismo; no es una causa liberal, ni anticapitalista. El *conservacionismo* es, justamente, *conservador*. El conservadurismo, dice en *Green Philosophy* (2012), suministra los más profundos motivos para proteger la naturaleza. Con respecto concretamente a los animales, la actitud correcta es la piedad, había dicho en *Animal Rights and Wrongs* (1996): frente a las teorías de los derechos de los animales, Scruton centra la cuestión en nuestros deberes hacia ellos, como criaturas, no productos nuestros, que son.

Otra faceta de Scruton como intelectual público es su trabajo para impulsar estudios e intercambios culturales, principalmente en la Europa del Este durante la última década del comunismo. Es uno de los iniciadores de dos fundaciones educativas, una que aún opera en Eslovaquia y la República Checa, y otra que estuvo activa en Polonia y Hungría hasta que el fin del totalitarismo en 1989 la volvió innecesaria. También fundó una asociación cultural anglo-libanesa, que funcionó durante ocho años en el Líbano hasta 1995, cuando el dominio de Siria y su aliada Hezbolá hizo imposible continuar con ella.

No cabe una semblanza de Scruton sin referencia a su amor por la música. Además de las obras que él mismo cita en el Prefacio, así como un capítulo y otros pasajes de *El alma del mundo*, lo manifiesta su actividad de creador y estudioso. Ha compuesto dos óperas, con libretos escritos por él mismo. Es miembro del Future Symphony Institute, un *think tank* que promueve la difusión de la música clásica.

Ha escrito también cuatro novelas y un libro de relatos, y un documental televisivo titulado "Por qué importa la belleza", que produjo y emitió la BBC. Es autor de obras de divulgación filosófica. Tiene ensayos sobre filosofía política y cultura, sobre la identidad de Inglaterra, el vino o la caza. En otros examina de modo crítico corrientes de pensamiento contemporáneas, como el multiculturalismo (*The West and the Rest*, 2002) o los estructuralismos y neomarxismos alumbrados en el París de 1968 y entre historiadores y sociólogos británicos (*Thinkers of the New Left*, 1986, ampliado y actualizado en 2015 con el título *Fools, Frauds and Fi-rebrands*).

En español se han publicado, además de las obras ya citadas, *Historia de la filosofía moderna: de Descartes a Wittgenstein* (Edicions 62, 1983; Península, 2003); *Filosofía para personas inteligentes* (Península, 1999); *Cultura para personas inteligentes* (Península, 2001); su contribución al volumen colectivo *Los costes sociales de la pornografía* (Rialp, 2014).

El presente libro es el más reciente de los tres que el autor ha dedicado específicamente a asuntos de religión. Tal vez el lector se sorprenda de que en varios capítulos no se trate de Dios. No es que Scruton pierda de vista el tema. La razón es, más bien, que en la época moderna, las objeciones a la religión no se refieren directamente a los contenidos de la fe: están más atrás. El teísmo queda simplemente descartado si se profesa un cientificismo que solo reconoce validez al conocimiento empírico y que reduce el ser humano a producto de la evolución, y la conducta inteligente, a chisporroteo de neuronas. La religión —y también la moral— es entonces, a lo sumo, una ventaja adaptativa, útil para la supervivencia de la especie, pero sin significado objetivo.

Scruton no pretende defender ningún credo ni ningún artículo de fe en particular. Acude a la discusión en ese terreno previo. Argumenta que ese empirismo no solo niega valor a la religión: también deja sin sentido a la música, anula las matemáticas, torna inexplicables las relaciones interpersonales. Las explicaciones científicas son válidas —o no: la historia de la ciencia está llena de hipótesis desechadas—, pero no captan todo. La acústica revela la naturaleza física de los sonidos de una sinfonía, pero la música, aunque se da en aquello que la acústica analiza, no es lo que captan unos sensores de intensidad, frecuencia y otras magnitudes que se pueden registrar en un fonograma. Tampoco la conducta humana resulta comprensible solo por su dimensión biológica, ni aun en sus manifestaciones más simples: la descripción y explicación de los movimientos musculares implicados no permite entender una sonrisa, que puede ser acogedora, sardónica, amarga, sincera, falsa.

La tentación es dividir la realidad en dos, como hace —en expresión de Scruton— el “mito del alma”, entendida como el yo metido dentro de un cuerpo que es su cascarón; pero tal solución lleva a aporías. Scruton, inspirado en una larga tradición filosófica, propone un “dualismo cognitivo”. El mundo, y el hombre, es uno, pero se conoce de dos maneras: la de la ciencia —la explicación— y la de la

comprensión. Las personas comparecen por la segunda vía, que es también la de la religión. Esta distinción de perspectivas, válidas pero inconmensurables, no aclara la cuestión ontológica. Pero muestra que, si la ciencia empírica no detecta en la naturaleza ninguna traza de Dios, eso no basta para negarlo.

Esto abre la cuestión de cómo se puede encontrar a Dios, es decir: cómo Dios, que está fuera del orden natural, puede manifestarse a seres —los humanos— que pertenecen a este orden. Ha de ser mediante la comprensión, como nos encontramos las personas; no en la cadena causal propia del espacio y el tiempo. En el ámbito teleológico, el de las razones, el de las personas, se mueven los “mitos de los orígenes”, que iluminan la condición humana exponiendo su situación presente como el resultado de una historia: como la del pecado original en la Biblia o las que proponen otras tradiciones religiosas. Aunque no sean explicaciones, sino relatos —y Scruton llega a decir que la doctrina cristiana de la Encarnación es uno más—, no se pueden tomar como simples fantasías o metáforas, pues expresan verdades muy hondas que no caben en el lenguaje de la ciencia.

Creo que Roger Scruton presta con este libro un valioso servicio por su inteligente crítica al cientificismo. Aun lectores que discrepen de él en algunas de sus interpretaciones de la religión, podrán agradecer la habilidad con que despeja el camino apartando la maraña de extrapolaciones de evolucionistas y neurocientíficos —más aún neurofilósofos— que, por haber alcanzado grandes hallazgos, creen poder explicarlo todo. Un reduccionismo es un simplismo que —digamos, parafraseando a Leibniz—, si acierta en lo que afirma, yerra por lo que niega.

Rafael Serrano

[1] Roger Scruton, *Usos del pesimismo. El peligro de la falsa esperanza*, trad. de Gonzalo Torné de la Guardia, Ariel, Barcelona, 2010. Edición original: *The Uses of Pessimism: And the Danger of False Hope*, Atlantic Books, Londres, 2010.

# 1. CREEN EN DIOS

Las discusiones al uso hoy día en torno a la creencia religiosa responden, en parte, a la confrontación entre cristianismo y ciencia moderna, y en parte a los ataques del 11-S, que atrajeron la atención sobre otro enfrentamiento: entre el islam y el mundo moderno. Según una opinión muy extendida, en ambas confrontaciones la razón apunta en una dirección y la fe en la otra. Y si la fe justifica el asesinato, la fe no es una opción.

Sin embargo, las dos confrontaciones tienen orígenes completamente distintos. Uno es intelectual, el otro emocional. Uno se refiere a cómo es la realidad; el otro, a cómo debemos vivir. Los intelectuales que han abrazado la causa del ateísmo a menudo dan la impresión de creer que la religión se define por una explicación general del mundo, que incidentalmente da consuelo y esperanza, pero que, como toda explicación, puede ser refutada con pruebas. Pero la religión de los islamistas no es así. No es ante todo un intento de explicar el mundo, o de mostrar qué implica la creación para el curso normal de las cosas. Proviene de una necesidad de sacrificio y obediencia. Sin duda, los islamistas sostienen muchas creencias metafísicas, entre ellas que el mundo fue creado por Alá. Pero también creen que están sometidos a los mandatos de Alá, que están llamados a ofrecerse en sacrificio por Alá, y que su vida cobrará sentido al darla por Alá. Esas creencias son más importantes pa-

ra ellos que la metafísica, y no sucumbirán a intentos quisquillosos de refutar los principios básicos de teología. Esas creencias expresan una necesidad emocional que precede a los argumentos racionales y condiciona las conclusiones de la teología.

Esta necesidad emocional está muy extendida, y se puede ver no solo en comunidades de carácter expresamente religioso. El deseo de sacrificio está profundamente arraigado en todos nosotros, y es invocado no solo por las religiones, sino también por las comunidades civiles, especialmente en tiempo de emergencia o guerra. Es más: si damos crédito a Durkheim, esta es la experiencia religiosa central: la experiencia de mí mismo como *miembro* de algo, llamado a renunciar a mis intereses por el bien del grupo y a celebrar mi pertenencia al grupo con actos de devoción que podrían no tener otra justificación que estar mandados[1]. Otros han subrayado la conexión entre sacrificio y sentido. Patočka, por ejemplo, sostiene que el sentido de la vida, aun en el descreído siglo xx, reside en aquello por lo que la vida —la propia vida de uno— se puede sacrificar. Esta impresionante idea tuvo un profundo impacto en el pensamiento centroeuropeo en la época comunista, y en especial en los escritos de Václav Havel[2]. Pues sugiere que, en las sociedades totalitarias, donde la incesante sucesión de pequeños castigos va socavando la capacidad de sacrificio, no queda nada que sea digno de nuestra solicitud. Esto es lo que queda, en el ámbito secular, de la idea religiosa central: que lo sagrado y lo sacrificial coincidan. Por supuesto, hay una enorme diferencia entre las religiones que exigen el sacrificio de uno mismo y las que —como la de los aztecas— exigen sacrificar a otros. Si hay en la historia religiosa de la humanidad algo que pueda llamarse progreso, es la gradual preferencia por uno mismo en vez del otro como víctima primaria del sacrificio. Precisamente en esto funda el cristianismo su pretensión de superioridad moral.